0001

REGISTRO DE ENTRADA
N.º 018735 / 26
FECHA 22 JUL. 2026

CONFIDENCIAL

COPIA N.º 0001

REFERENCIA: MP/26-0417
EXPEDIENTE: 26-0739 [redacted]
CLASIFICACIÓN: RESERVADO

+57 ¿confirmado?

ASUNTO:

MERCANCÍA PREMIUM

ANEXO 01

ARCHIVO PARCIAL

INFORME PRELIMINAR.-

Se recoge la información disponible sobre una posible red de captación y traslado vinculada a movimientos [redacted].

Los primeros indicios se obtienen a partir del análisis de un dispositivo móvil [redacted] y una llamada de emergencia [redacted].

teléfono sustraído

llamada a la madre

Administradora

dos encapuchados / mesa de acero

22 JUL. 2026
REGISTRADO

F. 26/042

CAPÍTULO 1

CÓDIGO INTERNACIONAL

«Puedo conseguirlo…»

Los pasos resonaron, rompiendo el silencio de la exclusiva urbanización. La noche era cálida y la brisa transportaba una agradable fragancia a hierba y flores exóticas procedente de los jardines privados que se extendían detrás de los altos muros.

La muchacha de cabello largo corría descalza hiriéndose los pies a cada paso. Pero el dolor era lo de menos.

A su alrededor algunas casas estaban iluminadas. Era demasiado tarde y en la urbanización apenas permanecían despiertos los perros de custodia que ladraban cada vez que pasaba frente a sus dominios.

Las construcciones eran lujosas, de dos o tres plantas, cerradas al mundo mediante muros blancos, sistemas de vigilancia y una seguridad privada que apenas necesitaba hacerse visible para resultar intimidatoria. La urbanización estaba apartada de la ciudad y sus farolas proyectaban círculos de luz sobre unas calles impecables. Las palmeras permanecían alineadas como soldados y los jardines no mostraban una sola señal de abandono.

La muchacha procedía de un lugar muy diferente. Había crecido en una de las comunas humildes de una ciudad encajada entre laderas verdes. Allí, las calles empinadas se llenaban de música y del olor de la comida callejera, y los vecinos conocían las historias de todos.

Ahora corría descalza y sangrando por una de las avenidas de aquella urbanización perdida en algún lugar del golfo Pérsico. Detrás de los muros blancos había mansiones iluminadas, pero no se atrevía a pedir auxilio. Acababa de escapar de una de ellas y sabía que

bastaba con equivocarse de puerta para volver a caer en manos de sus captores.

Aquellas calles brillaban bajo una iluminación diseñada para convertir la noche en una versión domesticada del día, y el aire cálido se pegaba al cuerpo como una segunda piel. Allí todo era de una belleza plástica, artificial, como si alguien hubiera decidido que ningún elemento de aquel paisaje debía recordar al visitante que, fuera de aquellas paredes, existía un mundo mucho menos amable.

«Puedo conseguirlo…», se repetía una y otra vez.

Lo decía sin saber exactamente qué significaba conseguirlo. Tal vez llegar hasta una carretera. Tal vez encontrar a alguien que pudiera ayudarla. Tal vez conseguir que su madre contestara al teléfono. En realidad, lo único que necesitaba en aquel momento era mantenerse unos minutos por delante de sus perseguidores. El resto podía decidirlo después.

Al final de la calle distinguió una farola de luz anaranjada y, bajo ella, varios cubos de basura que quedaban parcialmente ocultos por la sombra. No era un escondite, pero podía servirle para ganar tiempo. Aceleró todo lo que pudo, aunque las piernas comenzaban a fallarle. Cuando los alcanzó, se dejó caer sobre unas bolsas y unos cartones que alguien había apilado contra el muro de una de las mansiones.

Permaneció inmóvil. Se limitó a respirar mientras intentaba recuperar el control. Escuchó el ladrido distante de un perro, el rumor amortiguado de algún vehículo circulando por una avenida lejana y, por encima de todo, el tamborileo sordo en su pecho. No sabía cuánto había recorrido. Quizá un kilómetro. Quizá menos. El miedo había convertido el tiempo y la distancia en conceptos difíciles de medir.

El atuendo fetichista que le habían obligado a llevar puesto era muy corto y dejaba ver con facilidad la sangre que se escurría entre sus muslos. Gota a gota, la sangre resbalaba hasta sus tobillos. Era una sensación cálida.

«Puedo conseguirlo…», se repetía una y otra vez.

Hacía tres días que la habían trasladado allí. Luego llegaron los clientes. Hombres y mujeres ricos, poderosos, anónimos, que pagaban por disponer de ellas como si el dinero hubiera abolido cualquier límite.

La convirtieron en mercancía. La consumieron como si fuese un producto.

Aquella noche, mientras los clientes se divertían sometiendo a las jóvenes a humillaciones cada vez más crueles, uno de los clientes desbloqueó su teléfono para mostrar a los demás una grabación. La muchacha estaba lo bastante cerca para observar el movimiento de sus dedos y memorizar el código. No sabía todavía para qué podía servirle aquella información, pero desde que había caído en manos de sus captores había aprendido que cualquier detalle podía convertirse en una oportunidad si se usaba adecuadamente. Cuando el hombre cayó rendido por el alcohol y la fiesta continuaba, aprovechó un descuido, se apoderó del teléfono y huyó.

Semidesnuda, sangrando, descalza.

Se había lanzado desde la terraza y aterrizado sobre un arbusto. Fue algo instintivo, sin planear. Después había trepado como un felino herido la valla de madera que daba a la calle. Al hacerlo había sentido crujir todas sus uñas.

No tenía preparada una ruta de escape ni tenía un cómplice esperándola al otro lado de la valla ni sabía dónde se encontraba la comisaría más cercana. Tampoco sabía si conseguiría salir de aquella urbanización. Había actuado por puro instinto. Sabía que, si no lo intentaba entonces, probablemente no volvería a tener otra oportunidad.

Sacó con cuidado el teléfono que llevaba escondido en su ropa interior y lo desbloqueó. Aquel aparato era lo único que había conseguido llevarse consigo.

La pantalla iluminó su rostro y aquel pequeño rectángulo de luz le pareció la cosa más esperanzadora que había visto desde que salió de Colombia. Tecleó el número de su madre y pulsó para llamar. Esperó con el teléfono pegado al oído.

No respondió nadie.

En su lugar, una voz automática comenzó a hablar en un idioma que no comprendía.

La muchacha apartó el teléfono de su oreja y miró la pantalla con desconcierto. El número era correcto. Lo comprobó otra vez, dígito por dígito, y volvió a llamar. La misma grabación respondió con aquella voz femenina, suave y cargada de indiferencia.

—Mierda… ¿qué pasa? Funciona…

Lo intentó por tercera vez. Nada.

—¿Cuál es el maldito código internacional de mi país…?

Antes de aquel viaje nunca había salido de Colombia ni había necesitado conocer el código para llamar desde el extranjero. Ahora, escondida entre bolsas de basura, sangrando y sin saber cuánto tiempo le quedaba, aquel detalle podía marcar la diferencia entre pedir ayuda y desaparecer sin dejar rastro.

Llenó sus pulmones de aire y optó por buscarlo en internet. Apretó las piernas tratando de aliviar el dolor interno y se revolvió inquieta en su improvisado escondite. Miró en todas las direcciones para comprobar si la habían seguido.

La conexión se demoró en responder y la espera le pareció interminable. Cada ruido que llegaba desde la calle hacía que levantara la cabeza. Era consciente de las consecuencias si la atrapaban. Sus captores se lo habían advertido. Ella había visto suficiente para saberlo.

Intentó apartar aquellos recuerdos, pero su mente parecía empeñada en devolvérselos. Visualizó uno por uno a los hombres que la habían violado desde su llegada y trató de no pensar en los objetos imposibles con los que la habían lastimado mientras la sangre seguía brotando.

El dolor en su vientre se hacía más intenso cuando permanecía quieta. Sus sentidos estaban ahora alerta: vista, oído, olfato… Podía distinguir de forma perfecta la mezcla de olores que la rodeaban. Respiró profundo e intentó evaluar su situación. El hedor de la basura acumulada a la intemperie, la fragancia primaveral de las flores y su propia sangre se entremezclaban. La muchacha sintió una náusea mientras buscaba con desesperación el código internacional de su país.

«Ya se habrán dado cuenta de que he escapado».

No quería llorar. Si comenzaba a hacerlo, temía no poder detenerse.

No muy lejos de allí, una mujer elegante, vestida con traje de Dior y zapatos de tacón, y un hombre habían salido de manera precipitada de una de aquellas casas, dejando a los clientes en mitad de una fiesta privada que se alargaba ya por tres días y tres noches.

Habían suministrado cada elemento de aquella celebración poniendo mucho celo en que todo fuese del agrado de los clientes. El equipo de seguridad, el lugar, el catering y, por supuesto, el entretenimiento principal. Ambos sabían lo que estaba en juego.

Mientras se subían al automóvil de alta gama, el hombre intentaba convencerse de que los invitados no habrían reparado en el

incidente. A esas alturas de la fiesta, pensaba, la mayoría estaría demasiado borracha o drogada para comprender qué había sucedido. Se aferraba a esa idea porque necesitaba creer que el problema todavía podía solucionarse sin consecuencias.

En cambio, la mujer que lo acompañaba parecía mucho más tranquila. No dijo nada. Miró una vez hacia la casa y después comprobó la hora. Mientras él seguía buscando una explicación, ella ya estaba calculando cuánto les costaría el error y cómo solucionarlo antes de que los clientes advirtieran que algo había cambiado.

Tenía poco más de treinta años, era atractiva y había aprendido poco a poco a moverse entre hombres poderosos, a reconocer cuándo convenía hablar y cuándo era mejor guardar silencio. Dominaba el arte de escuchar exigencias desmesuradas sin alterar el gesto y reservaba sus propias preguntas para cuando los clientes ya se habían marchado. Las personas que contrataban sus servicios no querían saber cómo funcionaban las cosas detrás de las puertas. Ellos querían resultados y ella se encargaba de proporcionárselos sin excepción.

El hombre que conducía podía perdonarle aquel enorme error si, al final, conseguía ganar una buena suma de dinero. Así funcionaban las cosas con él. No le interesaban las explicaciones ni las disculpas. Le interesaban las inversiones y los beneficios que podían obtenerse de ellas. Mientras arrancaba el automóvil, miró por el retrovisor y comprobó que la mujer mantenía aquella expresión de hielo.

—Los clientes no pueden enterarse —dijo él.

Ella guardó silencio un instante. Miró hacia la casa, donde todavía brillaban algunas luces detrás de los grandes ventanales.

—No se enterarán.

«…+57, ese es el código internacional, por fin lo he encontrado», se dijo la muchacha. Añadió el código al número de su madre. Pensó que sería más rápido y seguro enviar un mensaje que volver a intentar la llamada. Sus dedos temblaban tanto que tuvo que borrar varias veces los números antes de conseguir introducirlos correctamente.

Fue entonces cuando vio los faros.

Un automóvil acababa de girar por la esquina que había dejado atrás unos minutos antes.

El cuerpo reaccionó antes que su pensamiento. Apagó la pantalla y se agazapó todo lo que pudo entre las bolsas. El pequeño charco de sangre que se había formado bajo ella había comenzado a atraer insectos que correteaban por sus piernas, pero no se atrevió a

apartarlos. Mantuvo el cuerpo recogido y contuvo la respiración mientras el vehículo avanzaba hacia ella.

«No pueden ser ellos».

Los faros barrieron el pavimento y los muros blancos de las viviendas. El automóvil redujo la velocidad al acercarse y pasó muy cerca de los cubos de basura. Escuchaba el motor con una claridad aterradora. Apretó los dientes y hundió todavía más el rostro contra el suelo.

El vehículo continuó avanzando y el rumor del motor comenzó a atenuarse.

Esperó. Uno, dos, tres segundos. Entonces cerró los ojos.

«He tenido suerte».

Todavía estaba pronunciando aquella frase dentro de su cabeza cuando el automóvil frenó de improviso a pocos metros de los cubos de basura.

Sintió una punzada en el estómago y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. De repente, el mundo pareció reducirse al sonido de su corazón. Apretó la cara contra el suelo con tanta fuerza que su cabello quedó impregnado de una sustancia maloliente que se había filtrado desde una de las bolsas.

Escuchó la puerta del auto abrirse.

Durante una fracción de segundo deseó que fuera un residente que había salido a tirar la basura. Una posibilidad absurda, casi infantil, pero en aquel momento necesitaba aferrarse a cualquier explicación que no implicara el regreso de sus captores.

—Sal de ahí —dijo una voz muy cerca de ella—. No quiero enfadarme contigo.

El cuerpo de la muchacha se paralizó. Reconoció aquella voz de inmediato. Era inconfundible.

No contestó.

—Vamos —insistió la voz, esta vez sin suavidad—. Sal.

La muchacha tragó saliva y abrió la boca, aunque tardó unos instantes en conseguir que le saliera la voz.

—Espera, por favor —imploró, balbuceando—. Me estoy desangrando.

Hubo un breve silencio.

—Ya te he oído.

—No puedo moverme…

La respuesta sonó más cerca.

—No te lo voy a pedir otra vez.

La muchacha de cabello largo sintió que el aire se le quedaba atrapado en el pecho mientras una lágrima le resbalaba por la mejilla.

Levantó la cabeza con cuidado y miró hacia la luz. La farola proyectaba una sombra alargada sobre el pavimento y, detrás de ella, distinguió la silueta de una mujer. No era especialmente alta, pero su postura y su quietud la hacían parecer mucho más imponente. Vestía elegantemente, llevaba el cabello recogido y calzaba unos zapatos de tacón de aguja.

No necesitaba ver su rostro. Había reconocido su voz.

LA ADMINISTRADORA.

—No deberías haber escapado —dijo la mujer con un tono seco, casi decepcionado.

No gritó. No necesitaba hacerlo.

La muchacha levantó las manos despacio, temblando. La mujer alzó una de las suyas y, bajo la luz anaranjada de la farola, apareció una pistola.

Las lágrimas comenzaron a caer con la misma intensidad que la sangre continuaba escapando de su cuerpo. Intentó mantener oculto el teléfono.

Sin moverse, la Administradora la observó y después sonrió. No fue una sonrisa amable ni tranquilizadora, sino una pequeña deformación de los labios cuyo significado resultaba imposible de interpretar.

—Tranquila. Eso no debe preocuparte. Vas a estar bien, pequeña.

Señaló hacia el automóvil con la pistola.

—Vamos, entra.

La muchacha intentó ponerse de pie. El dolor fue tan intenso que creyó que las piernas no iban a sostenerla. Sintió las entrañas como si se le estuvieran disolviendo por dentro y una nueva oleada de sangre le recorrió los muslos.

—Ya no puedo más… —dijo entre lágrimas—. Solo quiero volver a casa.

La Administradora dejó pasar la súplica sin contestar.

Cada paso era una lucha. A medida que avanzaba, pequeñas manchas oscuras iban quedando sobre el pavimento bajo sus pies. Caminaba porque no tenía otra alternativa y porque la mujer seguía apuntándola con el arma.

El hombre esperaba junto al automóvil. Tenía poco más de cuarenta años y era bien parecido, de rostro bronceado y cabello impecable. Vestía con discreción, aunque el reloj que llevaba en la muñeca y los zapatos que calzaba revelaban una fortuna que la muchacha apenas podía imaginar.

Al verla regresar, respiró aliviado. No había perdido su inversión y, por el momento, eso era cuanto le importaba.

A diferencia de la Administradora, había nacido en los estratos altos de la sociedad. Desde muy joven comprendió que el dinero podía convertir cualquier deseo en una transacción y que los contactos adecuados permitían satisfacer incluso las exigencias más perversas. Con los años había construido un lucrativo negocio de explotación sexual reservado a clientes de grandes fortunas, hombres y mujeres dispuestos a pagar cantidades exorbitantes por disponer de cuerpos jóvenes sobre los que ejercer un dominio absoluto. Él aportaba el capital y las relaciones comerciales. La Administradora se ocupaba de que los servicios contratados se desarrollaran sin contratiempos.

Con la muchacha de nuevo bajo su control, comenzó a valorar las consecuencias de aquella fuga. Tendría que asumir algunos costes, pero estaba convencido de que aún podía sacar provecho de la situación. Al fin y al cabo, solo había sido un contratiempo logístico.

«Llamaré al Doctor por la mañana», pensó.

La fuga había complicado las cosas, pero también había acelerado una decisión que, tarde o temprano, tendrían que tomar. La muchacha ya había generado bastante dinero con sus encantos juveniles. Había llegado el momento de asegurar la inversión y pasarla al siguiente nivel. De esa forma evitarían nuevas fugas y, además, el castigo serviría como advertencia para el resto de las muchachas.

La muchacha subió al asiento trasero sin oponer resistencia, bajo la vigilancia de la Administradora, que continuaba apuntándola. La mujer cerró la puerta y volvió a ocupar el asiento delantero. El hombre se acomodó al volante y accionó los seguros. El pequeño clic metálico resonó como un disparo en el habitáculo.

El automóvil se puso en marcha y los jardines, las palmeras y las enormes casas fueron quedando atrás mientras regresaban a la mansión donde continuaba la fiesta.

Acurrucada en el asiento trasero, la muchacha intentaba controlar el dolor y mantener oculto el teléfono entre la ropa. El vehículo tomó una curva, y ella notó que el aparato se desplazaba contra su costado. Esperó a que el conductor enderezara la marcha y lo acomodó de nuevo con dos dedos, sin levantar la vista del respaldo delantero.

Nadie había reparado en él.

Todavía.

Fuera, el aire cálido seguía impregnado del aroma de los jardines. Las farolas iluminaban las mismas calles por las que, apenas unos minutos antes, la muchacha había corrido descalza.

CAPÍTULO 2

EL PRECIO DE LA HUIDA

La frialdad del mármol bajo sus rodillas desnudas contrastaba cruelmente con el calor asfixiante de aquel rico país. A pesar de las pesadas cortinas y del aire acondicionado que mantenía la sala a una temperatura óptima, el calor se filtraba por las rendijas. La muchacha de pelo largo temblaba, acurrucada en el centro de una estancia decorada con un lujo perturbador. Las paredes oscuras y los sillones de cuero negro componían una escenografía diseñada para anular cualquier rastro de voluntad humana. Correas, herrajes y estructuras acolchadas ocupaban los rincones con una funcionalidad que no necesitaba explicación.

Haber escapado era el segundo peor error de su vida. Herirse los pies y romperse las uñas solo había servido para enfurecer al monstruo.

Ya no cumplía los estándares de calidad.

Durante unos minutos, había creído que existía una posibilidad real de escapar. Había pensado en su madre, en sus hermanas y en aquella vida que había dejado apenas dos semanas antes con la esperanza de regresar convertida en una mujer capaz de ayudar a su familia.

Regresaban una y otra vez a su memoria aquella mueca indescifrable, la mirada y la pistola que había aparecido bajo la luz naranja de la farola. No había habido rabia en su rostro, ni siquiera sorpresa. Solo la fría determinación de alguien que acababa de recuperar algo que consideraba suyo.

Cerró los ojos y trató de tomar aire sin dejar que el dolor del vientre la venciera. La hemorragia continuaba y cada pequeño movimiento hacía que una punzada se extendiera por el interior de su

cuerpo. Intentó concentrarse solo en la respiración, pero su mente comenzó a retroceder hacia el origen de aquella condena.

Todo había empezado seis meses atrás, a la salida de su colegio, en un barrio humilde de Medellín. Una mujer elegante se le presentó como representante de una fundación internacional y le habló de becas de modelaje y campañas publicitarias en el extranjero. La propuesta le despertó tantas dudas como curiosidad. Aquella desconocida volvió a buscarla unos días después, y luego otra vez, siempre con la paciencia de quien parecía más interesada en escucharla que en convencerla.

Durante los meses siguientes, la muchacha fue dejando de verla como una desconocida. Aquella mujer no le habló de peligros y, en cambio, le llenó la cabeza de oportunidades. Le prometió que cubrirían todos los gastos del viaje y, además, enviarían una cantidad de dinero mensual a su familia, mientras ella tenía la posibilidad de construir una carrera lejos de Colombia.

«Las chicas de tu perfil están muy demandadas», le había dicho. «Y venir de un barrio humilde no es una desventaja, al contrario. Te da una forma de ver la vida, unos valores, una manera de esforzarte que fuera de este país se aprecia mucho». Aquellas palabras se quedaron en su cabeza porque nunca antes nadie le había hecho ver que aquello que hasta entonces había considerado una limitación —haber nacido en un entorno humilde y no tener dinero— podía convertirse precisamente en la puerta hacia otra vida.

La promesa era demasiado perfecta para no resultar tentadora. La tarde que dijo sí, la muchacha llegó a casa con la imaginación llena de posibilidades y, cuando tuvo que explicarle a su madre lo que iba a hacer, decidió mentirle. Aquella mujer ya le había advertido que quizá su madre intentaría impedírselo, por miedo o incluso por envidia, y le había sugerido que, si llegaba el momento, sería mejor no contarle toda la verdad.

No le habló de las becas de modelaje ni de las campañas publicitarias que le habían prometido. Le aseguró que viajaría a Costa Rica durante algunos meses para trabajar como anfitriona en un *resort* respaldado por una empresa legal. Le explicó que parte del trayecto sería por mar: embarcaría en la costa de Urabá rumbo a Panamá y, una vez en Cartí, continuaría por carretera hasta Costa Rica. También le prometió que llamaría todas las semanas. Su madre lloró de emoción con la noticia y aquel recuerdo se había convertido ahora en uno

de los más dolorosos que conservaba. Recordaba su voz, el calor de aquel abrazo y la expresión de orgullo con la que la había acompañado hasta el último momento.

Durante los días siguientes todo pareció confirmar que la oferta era real. Le pidieron la documentación necesaria, le indicaron qué debía llevar y qué podía dejar en casa, y le dieron instrucciones precisas sobre el día y la hora de salida. La muchacha preparó una maleta pequeña, escogiendo la ropa con el entusiasmo nervioso de quien cree estar a punto de empezar una vida distinta.

«Vas a ver el mundo», le había asegurado la mujer de la agencia mientras le acariciaba la mejilla con una sonrisa que entonces parecía amable y que ahora, desde la distancia del horror, recordaba como una máscara.

El viaje, sin embargo, comenzó a desviarse de la historia que le habían contado antes incluso de que pudiera comprender lo que estaba sucediendo. La supuesta agencia le explicó que, por cuestiones relacionadas con el visado, debía cruzar la frontera colombiana por tierra. No había nada extraño, le dijeron. Todo estaba previsto y, una vez en Panamá, tomaría un avión hasta Costa Rica.

Ella aceptó porque todavía confiaba en aquellas personas y porque la promesa de una vida mejor era demasiado poderosa como para detenerse ante pequeñas irregularidades. También decidió ocultarle aquel cambio a su madre. No quería preocuparla por una modificación que, según le habían asegurado, formaba parte de lo previsto y no alteraba en nada el viaje.

Fue así como terminó atravesando el Tapón del Darién, arrastrada de forma clandestina, como un bulto, por aquel infierno verde que parecía no tener principio ni final.

Aquel lugar se quedó grabado en su memoria con imágenes fragmentadas: el barro negro que se adhería a las piernas, el calor húmedo que dificultaba la respiración, un efluvio extraño, mezcla de tierra y productos químicos, las enormes tiendas de lona blanca camufladas bajo los árboles y las cajas de suministros apiladas junto a ellas. También recordaba los rostros de otras muchachas, pálidos y ausentes, vestidas con batas de papel azul y encerradas tras estructuras improvisadas de alambre y bambú.

No comprendió entonces qué clase de lugar era aquel. Solo supo que había algo profundamente equivocado en aquellas personas y que, por alguna razón, se habían confundido con ella.

Fue allí, en aquel campamento perdido en mitad de la jungla, donde las reglas cambiaron de golpe. La evaluaron, la separaron del resto de los migrantes y comenzaron a clasificarla como si no fuera una persona, sino un objeto que debía ser examinado antes de ponerlo a la venta. Hombres con batas asépticas y fusiles le arrebataron sus documentos reales, borrando de un plumazo la identidad que había tenido hasta entonces.

Después le inyectaron un líquido frío en una vena y, poco a poco, su mente comenzó a hundirse en una confusión pesada y extrañamente agradable.

Quiso gritar, pero las palabras se quedaron atrapadas dentro de su cabeza. Ya no pudo controlar lo que sucedía a su alrededor.

La subieron, junto con otras muchachas, a un vehículo oscuro que tomó una trocha estrecha y se internó por un camino que, para ella, no parecía conducir a ninguna parte.

Cuando la consciencia regresó a trompicones, el barro y la selva habían desaparecido. La estaban empujando por la pista asfaltada de un aeródromo privado en Panamá. Allí le entregaron un pasaporte falso con un nombre extraño y, poco después, la introdujeron en un avión rumbo a aquel lejano lugar del golfo Pérsico. Antes de subir a bordo le dejaron claro que cualquier problema que causara tendría consecuencias para su madre y sus hermanas.

Los primeros días después de llegar, el miedo no desapareció. Seguía ahí, alimentado por el pasaporte falso, por las amenazas y por demasiadas cosas que ya no podía fingir que no había visto. Aun así, se aferró a cualquier detalle que le permitiera aplazar una conclusión que todavía no se atrevía a formular. Había focos, maquillaje, ropa y sesiones de fotografías que, al menos en apariencia, conservaban algo de las campañas de moda que le habían prometido. La trataban con una cortesía distante, casi profesional, como si todo aquello formara parte de un procedimiento perfectamente normal.

Y estaba el lujo. Los tejidos, los perfumes, los muebles, la amplitud de unas habitaciones como nunca había conocido. El lujo no conseguía borrar el miedo, pero hubo un instante en que se imaginó viviendo rodeada de todo aquello. Se reprochó aquel pensamiento, aunque no pudo negar que la idea le había gustado. Nadie levantaba la voz ni parecía tener prisa por hacerle daño. Esa normalidad cuidadosamente administrada fue suficiente para que una parte de ella

siguiera buscando una explicación, por improbable que fuese, a todo lo que había sucedido.

Pero la abundancia mostró pronto sus colmillos.

Las pesadas puertas de caoba de la mansión se cerraron por dentro y dejaron de abrirse para ellas. La muchacha y otras jóvenes quedaron encerradas mientras comenzaban a llegar las agujas y las pastillas, sustancias destinadas a licuarles la voluntad y convertir sus extremidades en plomo sin apagar del todo la consciencia.

Querían que estuvieran despiertas para comprender el terror.

Las desnudaron, las fotografiaron y las filmaron en posiciones denigrantes. Después empezó lo peor. Dejaron de llamarlas por sus nombres y pasaron a trasladarlas de una habitación a otra según las órdenes que recibían. Cada noche eran entregadas a desconocidos que podían disponer de ellas durante horas, sin que importaran el miedo, el llanto ni las súplicas.

Aprendieron que resistirse solo alargaba aquello. Con los días dejaron de preguntar cuándo terminaría. Algunas dejaron incluso de hablar. Aquellos hombres y mujeres devoraron sus cuerpos noche tras noche hasta convertirlas en cáscaras vacías.

El sonido de la puerta abriéndose la devolvió violentamente al presente.

Dos hombres encapuchados, de complexión robusta, entraron en la sala arrastrando una mesa de acero con ruedas.

FIN DE LA MUESTRA